



Castillo de Xàtiva

El de Xàtiva es un castillo que se deja deambular. Primero por la parte Menor y, luego, por las escalinatas del Mayor; bien aprovechado graderío para los actos lúdico-cultural-musicales de las veraniegas "Noches en el Castillo".

Vale la pena curiosear por las dependencias familiares de los Molina, en particular atendiendo a cierta decoración modernista de muebles (mesa de comedor con los escudos de las provincias) y los clasicistas emplomados de las vidrieras; sin olvidar la reconstrucción despachil del erudito local Carlos Sarthou Carreres.

Después..., peñas arriba. Con un pequeño trayecto que ofrece singulares momentos de interés. Un oratorio -al aire libre- mirando a La Meca, varios torreones con paneles pedagógicos, las salas góticas de la famosa cárcel de Estado, un jardín dedicado a los presos ilustres (con texto y blasones personales), la vieja iglesia gótica castellana con el sarcófaguillo recordatorio al Conde de Urgel y el ventanal renacentista de lo que fuera la Sala Nueva que cobijó al Duque de Calabria. Todo ello acompañado de una indiscutible bella panorámica paisajística.

13- CASTILLO DE VILLENA

Por su dominio del corredor del alicantino río Vinalopó como paso de la Submeseta Sur al mar, su magnífica torre del homenaje, su destacable aljibe, su restauración y accesos, la escalera intramural y la bóvedas de tipo almohade (con arcos planos fajones cruzados).

El Vinalopó es "tierra de castillos". Un corredor natural que el río valenciano autóctono (nacido en Banyeres) recorre, casi desde el extremo manchego de Almansa hasta el campo alicantino de Elx.

Un paso que salva la abrupta montaña interior alicantina, una vez desplazados de la inhóspita -en la antigüedad- línea costera: Alicante por el interior, en definitiva. Vieja vía ibérica; retomada sabiamente por la augusta calzada imperial que, desde el romano centro del mundo buscaba el viejo Cartago



Castillo de Villena

(Túnez) del Magreb.

Un fácil recurso geográfico deslindador, como el precedente -al norte- Valle de Ayora, que sirvió en el Tratado de Almisra y que bifurcó los destinos reconquistadores del Jaime I aragonés y, de su yerno, el Alfonso X castellano.

Una hilera de castillos, por lo tanto. De resonancias musulmanas, elevadas a categoría cristiana. Villena, el primero y principal, Sax en el estrangulamiento, Novelda en su Muela o Mola (curiosamente triangular de planta), Petrer enhiesto y Elda señorial y, lástima, hoy arrasado; al igual que el azoriniano de Monóvar y el viñatero de Monforte del Cid. Villena, el del amplio y fuerte marquesado que se atrevió a tomar partido contra los monarcas. El de los destacados personajes literarios: de infante renombrado o de priora ilustrada.

Villena, la de la muy hermosa torre del homenaje. Sobremontada, con sus blasones cristianos y balconadas de tipo "segoviano", a la estructura recia de la previa taibilla almohade.

Un lujo de castillo señorial, de reprimados muros y acertada inclusión de modernas prótesis articuladoras: ferralla de la puerta, tablonos de paso y escalada, caseta de cristal en la salida a la terraza...

Y, al interior, piezas irrepetibles: salas con nervadura almohade (ejemplares casi únicos, con las bóvedas del de Biar o el aljibe de Castalla), escalera intramural de artística resolución abovedada, y magnífica protección de históricos grafitis.

Del que señalaremos, por último, en el ámbito de su evocador patio de armas (viejo albacar moro) la existencia de su monumental aljibe.

14- CASTILLO DE DENIA

Por su acceso con arco de herradura, su museografía arqueológica, su histórica favorable posición comercial junto al mar y sus preciosas vistas marítimas.

Denia es el otro estribo de las Baleares, desde donde los isleños dan la zancada más corta hasta el continente. Y así, en las taifas del siglo XI la autoridad musulmana dianense jurisdiccionalaba también sobre el tráfico y la piratería del archipiélago.

Primitiva colonia mercantil del que luego sería "mar de los nuestros" y casi punta de idas y venidas desde y al Magreb (piratería berberisca o embarque de los moriscos expulsados, en el XVI-XVII), su roquedal a pie de playa la convertía en acogedora y deseable.

De guarnición continuada y viendo acabar sus tapiales en forma de defensas abaluartadas y punteados de bocas de negros cañones costeros, las guerras se cebaron en sus muros protectores (de Sucesión, de la Independencia); acabando por volar los muros de su destacable palacio del